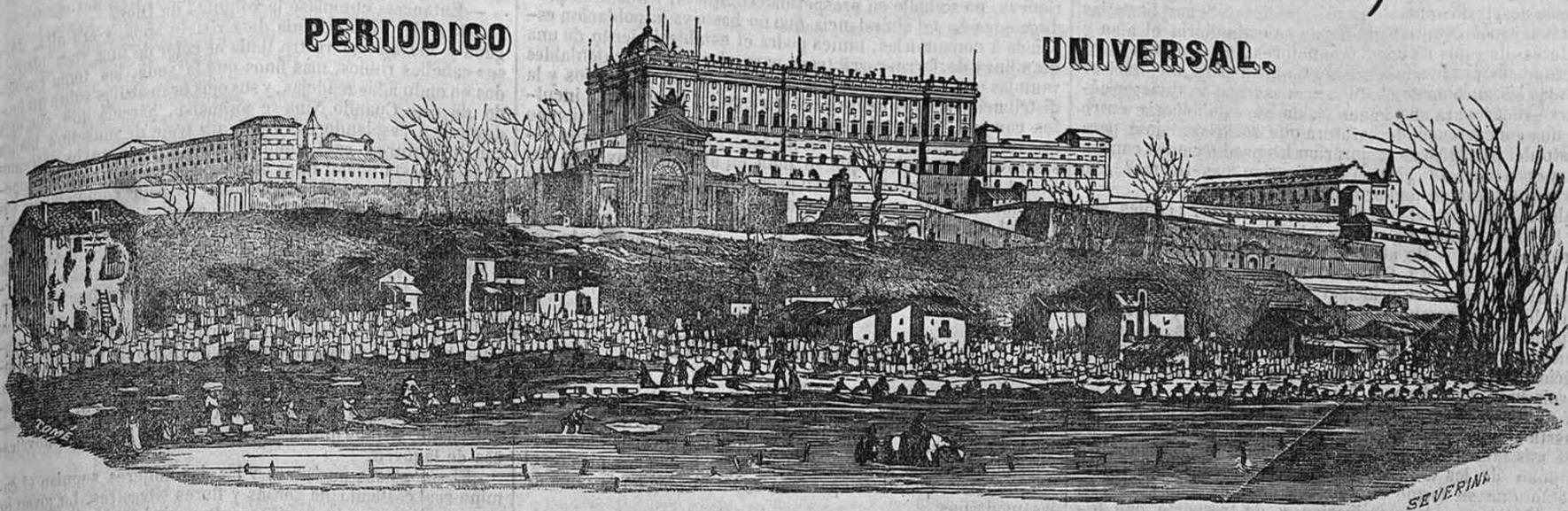


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 22.—SÁBADO 31 DE MAYO DE 1851.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

FERRO-CARRILES, CARRETERAS Y CANALES.

El establecimiento del ferrocarril de Aranjuez mirado como la inauguración de una nueva era de prosperidad para nuestra patria, y el principio de ese desarrollo material que nos ha de hacer alcanzar en pocos años el apogeo de bienestar, que con grandes esfuerzos y no poco tiempo van alcanzando algunas naciones de Europa, ha hecho entregar á muchos á las más gratas ilusiones, sembrando en su poética imaginación cuantas imágenes floridas les proporcionan en la distancia los gozos de la existencia. Bello es esto sin duda, y muy lejos me hallo de criticarlo: todo cuanto conduce á mejorar la condición de nuestros pueblos y á proporcionarles mayores comodidades y bienestar debe encontrar acogida en el ánimo del hombre que amante de su país, quiera verle puesto al nivel de los que gozan mayor suma de bienes positivos.

Pero estas tan gratas ilusiones pueden estar basadas en un falso cimiento, y aun cuando por el pronto recogeríamos un poco de vanidad y de orgullo pudiera este tornarse en contra de lo mismo á que con tanta ansia aspiramos.

No se crea por esto, no, que la prolongación de la línea empezada del ferrocarril hacia uno de los puertos del mediodía, ó como quieren otros, una gran línea del mismo que cruzase la España entera del norte al sur uniendo los

dos mares, encuentra oposición en nuestro ánimo; nada de eso: antes bien quisiéramos que pudiera fácilmente efectuarse, y no tan solo esa, sino también otra que desde el Pirineo viniese á desembocar en la línea de la nación, que contra la naturaleza y el común sentido forma un pueblo aparte: el Portugal. Pero antes de provocar no tan solo al gobierno, sino al espíritu del país, á arrojarle sin prevision en empresas tan colosales, bueno sería examinásemos qué es lo que convendría favorecer más directamente al presente, si los establecimientos de grandes líneas de ferrocarriles, ó la apertura de nuevas carreteras, tanto provinciales como de distrito y vecinales, ó si en suma el establecer canales de riego y de transporte á un tiempo llevaría en algunos años la ventaja á las primeras, por la riqueza que inmediatamente desarrollarían en los pueblos y las inmensas ventajas que de los mismos podrían reportar.

Que la España es un país, por ahora, esencialmente agrícola es una verdad innegable, y no menos innegable lo es también que dos terceras partes de su suelo no se halla beneficiado, á pesar de los ríos caudalosos que la bañan, por la criminal manía de nuestros mayores que así lo encontraron cuando la espulsión de los árabes, y que así ha continuado y continúa desgraciadamente en nuestros días. Largo sería y fastidioso para un ligero artículo de un periódico el ir á enumerar una por una las provincias á quienes la falta de riego priva á su terreno feraz y privilegiado en la generalidad de dar más ópimos frutos, y más variadas y abundan-

tes cosechas; me limitaré tan solo á tomar por base lo que vulgarmente se conoce por la Mancha.

Desde que se abandona el feracísimo reino de Valencia atravesando la cordillera de colinas denominadas el puerto de Almansa, ni un árbol, ni el más pequeño arbusto se encuentra en su descarnado camino donde se pueda reposar á su sombra; y en la mayor parte del año ni el verde de los prados viene á cortar la monotonía que se ofrece á la vista distraída tan solo de larga en larga distancia por alguna ventanilla de alguna escasa fuentejilla ó charco, ó las torres de las iglesias de los distantes pueblos. Una vez recogidos los cereales, única cosecha respetable del país, cuando el cielo acude á tiempo con sus lluvias, y más tarde en algunos parages la del vino, ni el labrador tiene en que ocuparse, y la tierra descansa en paz de sus trabajos de aquel año: los propietarios cierran sus trojes esperando que andando el tiempo y el cielo ayudando, los carreteros y arrieros se aventurarán por entre mil peligros á llamar á su puerta; y si el año les ha sido favorable poder sacar un mediano producto de sus propiedades. Si la cosecha al contrario ha sido abundante en las regiones del mediodía y en Castilla la vieja, los que viven en el centro de ese olvidado país manchego, que gracias á muchas cosas que no quiero enumerar, solo ha quedado en la memoria por un fantástico héroe, pueden estar seguros que llegará el año siguiente y habrán de rogar que por merced les dejen libres sus graneros para recoger la mies siguiente.



Cuadro final, del segundo acto del baile titulado *Stella ó las dos novias*.—La siciliana, por la Cerito y Saint-Leon.

Ahora bien, si con actividad y buen celo se estableciesen caminos de distrito á distrito y de pueblo á pueblo, cómodos y seguros, que sin percances ni grandes gastos por parte de los traficantes de granos pudiesen llegar hasta las puertas mismas del productor, ¿no se estimularía el afán y el interés de estos mismos productores, no tan solo para aumentar sus producciones, sino también para mejorarlas? ¿Si todos los pueblos de esa Mancha desgraciada tuviesen cómodas salidas para sus géneros, no se establecería entre ellos una concurrencia de baratura que sería ventajosa para el resto del país? ¿No se mejorarían las producciones con esa misma consecuencia? ¿No se bonificarían mas tierras? ¿No afuiería la riqueza en mayor cantidad?

Ahora, pues, en el estado actual de cosas: ¿cuáles serían las ventajas que reportaría á la Mancha por donde necesariamente habia de atravesar la construcción de la gran línea de ferro-carril? Sin esas necesarias comunicaciones que afuieran al centro principal, ¿qué alimento tendría esa gran línea de comunicación? ¿qué sucedería? Lo que al cuerpo humano si dejándole tan solo las arterias, se le suprimiesen hasta la mas pequeña de las venas: morir de inanición. Lo que á un río cuyas aguas no se aprovechan: que solo hace reverdecer y florecer sus orillas.

Y ya que hemos aquí mencionado el río, voy á abordar la cuestion principal.

Si mis noticias no andan equivocadas, en la secretaría de alguno de los ministerios debe andar apollado cierto proyecto que se formó en tiempos del ilustrado Carlos III para trazar un canal de irrigación y de transporte que tomando las aguas del Tajo, vírgen de aprovechamiento desde su origen hasta su desembocadura, se uniese con el Júcar, facilitando al mismo tiempo que la irrigación de la Mancha, la de la provincia y huerta de Alicante con las aguas que necesariamente habian de sobrar, dejando completamente libre de todo perjuicio y eventualidad de tal á la parte de la actual provincia de Valencia, que vive necesariamente de su riego, cual es la llamada *la Ribera* y sus arroyales.

La conocida negligencia que reinó durante el gobierno de su sucesor Carlos IV, ó mas bien de su liviano favorito; las variaciones continuadas del de su nieto D. Fernando, y los últimos acontecimientos políticos, no dejaron sin duda tiempo suficiente para poner en planta tan beneficioso proyecto; que á haberlo ejecutado entonces, ni la pobreza atormentaría á muchos de los pueblos de ese antiguo reino, y ellos sin duda serían hoy los primeros que coadyuvarían y pedirían á voz en grito la continuación de esa línea del ferro-carril, inaugurada en nuestros días felicitemente en la corte de la española monarquía. Pero no se hizo entonces, ni se ha tratado de hacer despues; y ahora, que gracias al cielo se ha despertado entre nosotros ese espíritu de adelantos y de mejoras positivas y reales, las únicas que pueden hacer felices á los pueblos aumentando sus comodidades y bienestar; justo es que el gobierno se ocupe en reparar el tiempo perdido, y procurar alivio y consuelo á quien con tanto derecho lo pide y necesita.

Un canal, pues, como dejamos indicado, que uniese esos dos rios y bonificase las tierras de su tránsito y otras limítrofes, me parece de mas urgente necesidad y de resultados mas positivos y evidentes que la gran línea de ferro-carril proyectada; que si bien daría alguna animación, para mí ficticia y aparente ahora, á los pueblos por donde pasase, nunca les llevaría el aumento progresivo de sus producciones como es de desear, ni mucho menos podría alimentar en mucho la actividad y movimiento de los transportes, reducido como hemos dicho al trasiego de los cereales, y á los viajeros; y estos es sabido que por mucho que sea el deseo de locomoción no son bastante nunca por sí solos á sostener los grandes gastos que ocasiona el mantenimiento de una estensa línea ferrada con los infinitos dependientes que es necesario sostener, y en nuestro país mucho mas por la falta de combustibles que se observa.

Dése por consiguiente riego y bonificación á las feraces tierras de la Mancha y Alicante, aumentense sus producciones con la irrigación de las tierras, y con ello no tan solo se obligará á sacudir la pereza proverbial de sus habitantes, excitando su interés y proporcionándoles nuevas ganancias; ábranse nuevos caminos vecinales y de distrito y estoy seguro que dentro de muy pocos años la prolongación del ferro-carril del centro tendrá un vasto campo donde alimentar su actividad; y entonces y con esto se proporcionarán ganancias mas que regulares á los emprendedores de empresa tan colosal. Entonces y solo entonces creo podrá la corte de España empezar á ser el centro de unidad del reino, y de ella distribuir como mejor lo entienda esa grande actividad fabril y comercial de que ahora carece, sin que la permanencia de la corte y los muchos que á ella estén ligados puedan influir absolutamente nada en su riqueza positiva; entonces por último, podrá Madrid aspirar á lo que es París para la Francia, y Londres para Inglaterra: la cabeza de su comercio y de su industria.

Lo mismo que tengo expresado en cuanto á la Mancha y Alicante por ser las provincias que en el nuevo proyecto del ferro-carril han de tocar mas inmediatos resultados, me atrevo á expresar respecto á Castilla la Vieja y Estremadura: esta última sobre todo no parece sino una hijastra abandonada completamente de sus padres, pues apenas tiene alguno que otro mal camino para llegar á la capital, sin que se aprovechen ni las aguas del Guadiana caudaloso ni otros muchos secundarios que con algo mas de celo y buen deseo podrían beneficiar terrenos inmensos y de gran riqueza. La prolongación del canal de Castilla por Segovia hasta las vertientes de Guadarrama, tomando las aguas de Eresma, bonificaría la tierra de Segovia y adyacentes: el río Lozoya podría convertir la corte de España en un vergel digno de una capital, cuyo proyecto vemos por desgracia suspendido ú olvidado. Desgracia es siempre de la pobre España que apenas se ponga en planta cualquiera proyecto útil y beneficioso para el país, han de sobrevenir obstáculos desconocidos que impidan y paraliquen su curso.

Reasumiéndome pues, concluiré este ya largo artículo confirmándome mas en la opinion que tengo emitida, á saber: que me parece de mas urgente necesidad para el porvenir y prosperidad de nuestra patria la formación de canales de riego y de aprovechamiento de las aguas de los varios rios que

crucan nuestras provincias, que el establecimiento de una gran línea de ferro-carril de un mar á otro mar: que mientras la agricultura, á mi entender, la única base de nuestra riqueza, no se halle en prosperidad completa, y nuestras producciones en tal abundancia que no baste ya la población española á consumirlas, nunca podrá el establecimiento de una gran línea de ferro-carril traer para el país las incalculables ventajas que podría reportarle la canalización de los rios y la distribución de sus aguas para el riego de los áridos é incultos campos, sirviendo este medio también al propio tiempo que de aumento de población de contener esa emigración desastrosa al extranjero que se nota en alguna provincia del litoral por no encontrar en su propio país, ni trabajo para su actividad, ni pan para alimentarse.

Tal vez me estienda en otro artículo en las grandes consecuencias y ventajas que con la canalización propuesta reportaría nuestro país en general.

L. M. y R.

SUEÑOS DE LA JUVENTUD.

NOVELA.

En la costa de Normadía, entre el convento de Longes y el de Conflans, se ven sembrados como á la casualidad muchos pueblecillos, algunos de los cuales bañan sus pies en el río, mientras que otros aparecen encaramados en la cima de las montañas.

Hace algunos años se veía en medio de aquellas cabañas elevarse una especie de castillejo, en donde vivían dos mugeres: una jóven y su madre adoptiva.

Eran las diez de la mañana, cuando la buena Genoveva entró en el cuarto de su pupila. Nina de Villiers estaba en su lecho colgado de cortinas blancas. Nina tenía los ojos encarnados y la tez pálida: su sueño era agitado. En el desorden que reinaba á su alrededor se adivinaba la incoherencia de sus ideas, ideas locas, tan risueñas todavía como la primera, pero que presagiaban un porvenir lleno de borrascas. Veinte libros esparcidos aquí y acullá anunciaban la ocupación ordinaria de la jóven: aquellas obras eran libros de caballería, pastoriles y de amores quiméricos. Genoveva contempló á aquella jóven inquieta, y aquellos libros esparcidos como sueños efimeros. La buena mujer suspiró movida de conmiseración ante aquella pobre flor, que, insensible al sol de los vivos, buscaba por la noche los rayos de un sol desconocido.

Al ruido que hizo Genoveva, abrió Nina los ojos con una espresion de espanto.

—¡Socorro! gritó la jóven estendiendo los brazos... ¡Genoveva! ¿A dónde se ha ido?

—¿Quién?

—El capitán Rolando. Hallábase en una caverna, de cuyo techo colgaba una lámpara sepulcral. ¡El capitán Rolando me pedía el amor ó la vida!

—A Dios gracias habeis rehusado ambas cosas, dijo Genoveva con terror.

—Aya, ¡qué gran salteador era el capitán Rolando! Tenía todas las trazas de un bribon. Yo decia para mí: ¡si fuese un hombre de corazon! Hay tantos que parecen hombres de corazon, y no son mas que bribones.

—¿Y os enamorásteis de él?

—No tanto como enamorarme, pero sentí miedo, que es el primer grado del amor.

—Y yo, dijo Genoveva, mientras que estábais durmiendo en compañía del Sr. Rolando y otros bandidos de esa calaña, recibía á personas honradas que os pedían en matrimonio.

Los ojos de Nina se animaron algun tanto.

—Veamos, aya; ¿quiénes son esas personas honradas? No soy muy difícil de contentar.

—¿Conoceis á Mr. Bonnegrace?

—Basta, basta, dijo Mlle. de Villiers; mi lecho de himeneo sería la tumba de mi amor.

—¿Y el jóven marqués de Hiricourt?

—Gasta franjas, dijo Nina encogiéndose de hombros.

—¿Y Mr. Duclavel?

—¡Un comerciante!... El salteador arriesga su vida; el comerciante roba sin gloria.

—¿Y qué direis de vuestro primo, el marqués de Villiers, que ha venido espresamente por vos, y á quien os habeis negado á recibir?... Un jóven....

—¡Pero no es mas que un hombre! dijo la jóven con aire consternado.

Desanimada Genoveva, bajó la cabeza.

Nina se apoyó sobre su aya como una niña enferma.

—¡Oh, cuánto sufrí! Corro tras de un sueño insensato: mi imaginación es un prisma engañoso, y sin embargo, mi desgracia proviene de haber nacido cien años despues de lo que debia. Vivo en el reino de las ilusiones, y esto, aun cuando es una locura, es una felicidad. Mas vale una dicha ideal que una desgracia positiva. Me agito en medio de seres extraños, á quienes jamás he de encontrar. Los caballeros andantes eran unos locos, los santos unos alucinados, los cruzados unos fanáticos: pero al menos eran héroes. La poesía ha muerto y no creo ya en el amor.

—¡Qué estais diciendo! exclamó Genoveva; la poesía es inmortal, y está ahora mas viva que nunca; solo que nadie hace alto en ella. Por mi parte conozco á muchos caballeros andantes, ermitaños y monederos falsos. Ayer, sin ir mas lejos, tropecé con un cruzado que venia sudando á mares y volvía directamente de la Tierra-Santa, y no hay tarde que no me acometan pidiéndome la bolsa ó la vida.

—¿Qué dichosa eres, Genoveva!

—Pues aun hay mas: desde que me separé de vos, no he podido dormir, porque un trovador, que probablemente se equivocaba de ventana, me ha estado repitiendo toda la noche:—*Te amo*, con acompañamiento de guitarra.

—¿Y yo que nada he oido!

—Como que estábais en la caverna de Rolando.

—Genoveva, salgamos. Necesito vagar sin objeto, sin saber á dónde he de ir. Vamos á donde nuestro destino nos guie. Conozco que el cielo nos reserva alguna cosa extraordinaria.

—¿Ir sin saber á dónde? ¿Y sabeis á dónde podremos llegar? ¡Ir en busca de aventuras! ¿Sabeis acaso lo que podre-

mos hallar, gran Dios! ¿No temblais á la sola idea de una empresa tan temeraria?

—Aya, ¿tienes valor?

—Hasta la muerte.

—Entonces, cúmplase la voluntad de Dios.

Mlle. de Villiers tenía diez y siete años, y era alta, delgada y flexible; su rostro tenía el color de una rosa blanca; sus cabellos rubios, mas finos que la seda, los tenía recogidos en onduladas madejas, y sus ojos eran azules sobre un fondo de oro. Cuando Nina se animaba, parecía que sus ojos despedían resplandores. Vestía un traje de muselina blanca con su cinturón azul anudado á un lado, y cuyos extremos le caían hasta abajo; unos pantalones, un jubon de terciopelo negro y un sombrero redondo de paja completaban sus atavíos. Genoveva tenía cuarenta años, y era baja, gruesa y morena: un vestido de lana gris, un delantal negro y una papalina blanca componían su traje. Otra habia dado la vida á Mlle. de Villiers; pero solo Genoveva habia sido su verdadera madre, y era quien cuidaba de ella. Esa buena muger, dotada de buen juicio, hacia muchas veces, por amor á su niña, abnegación entera de su razon, y en medio de su sencillez habia sabido hallar un sistema digno de un gran filósofo. Tan cierto es que la bondad se acerca mucho al genio. Decía para sí que el medio mejor de curar una pasión es satisfacerla, porque de la privación absoluta nace el deseo desenfrenado. Así fué que se prestó gustosa á las ideas novelescas de la jóven.

El sol estaba purísimo, y las dos mugeres seguían el camino real costado de yerbas y flores silvestres. La jóven no encontraba mas que mariposas de varios colores, pero poblaba aquel desierto con todos los héroes de su imaginación. Si veía alguna anciana que caminaba rezando su rosario, era una adivinadora, ó por lo menos la anciana Mangravina; el hombre que viajaba cubierto de sudor con un pulo en la mano, era para ella el judío errante; y tan pronto veía sirenas encantadoras, como grutas habitadas por hechiceras.

En aquel momento se hallaban nuestras viageras en Bruyeres, en una colina poblada de cabañas, de musgo seco y de aldeanos. Nina se hallaba en uno de esos accesos febriles en que la realidad toma una apariencia fantástica. De repente se presentó á los ojos sorprendidos de la jóven un ser mas fantástico que las sirenas y las driadas; era un caballero andante... todo un caballero andante, con su coraza y una lanza de veinte pies de longitud, el cual montaba un caballo negro de largas crines y ojos chispeantes. El jóven llevaba en la cabeza un casco resplandeciente, coronado por un vistoso penacho. El apuesto mancebo se apeó del caballo, puso una rodilla en tierra, y besó la mano á Mlle. de Villiers. Despues de pronunciar un discurso de los mas caballerescos, volvió á montar en su corcel, saludó con la mayor cortesía y se metió por la espesura. Nina quedó deslumbrada con aquella aventura; pero Genoveva nada encontró en ella de particular. Las dos mugeres continuaron su paseo; la jóven pensativa y agitada, la buena muger riendo con todo su corazon.

Nuestras viageras se hallaban en una llanura frondosa, sembrada de lagunas. Nina experimentaba una especie de éxtasis, creyendo vivir ya en el mundo que tantas veces habia soñado. Genoveva estaba muy gozosa viendo el cambio de su pupila. Cuando de repente se oyeron los acentos de una flauta. Aquella melodía dulce y triste llegaba al corazon en medio de la soledad.

—No hagais alto en eso, dijo Genoveva; sin duda es algun pastor.

Con efecto, vieron primero un cordero, luego dos y luego tres, que parecían salir de la tierra como las piedras de Tebas al son de la lira de Orfeo. Escusado es decir que los corderos eran blancos como la nieve y de lanas muy rizadas. Luego, mas allá, divisaron al pastor reclinado sobre la yerba, el cual suspiraba dejando caer la flauta. Si el caballero era de buen color, el pastor era en extremo descolorido: el uno fascinaba los ojos, el otro se insinuaba en el corazon. El uno era un sol, el otro una serpiente.

—¡Pobre jóven! dijo Genoveva.

—¿Qué mal padece? preguntó Nina con interés.

Genoveva estendió sus brazos por aquel soto, riendo á mas y mejor.

—¿Qué enfermo os anuncia este hospital? preguntó.

—Un enamorado.

En este momento llegaron nuestras viageras á una especie de país que se llama el *Roncé*, como quien diría la Arabia Petrea. Allí no habia habitantes, si no antiguas rocas, áridas campiñas y montañas escarpadas. Nina habria tenido miedo, á no haber un cielo hermoso y reinar una calma semejante á la del desierto de Sahara... Ni el ruido de una caravana se oía; ni aun siquiera los pasos de un camello. La jóven acechaba al través del ramaje de un avestruz, ó por lo menos de un dromedario, y el sol entre tanto se acostaba en el horizonte, y espesas nubes se iban amontonando en el cielo.

—¿Genoveva! decia Nina; ¿en qué parte del mundo estamos?

Al mas leve rumor creía la jóven adivinar el paso de un elefante en los arbustos, y si el césped se movía, era probablemente un boa en disposición de insinuarse.

Pero comenzaron á caer anchas gotas de agua. Las pobres mugeres ya estaban transidas, cuando por fortuna Genoveva distinguió la gruta de un ermitaño. El religioso estaba en actitud de meditar, y vestía una túnica blanca, cuyos pliegues bajaban hasta las sandalias, y su barba era del mismo color que la túnica. Mas á pesar de su venerable aspecto, sus ojos brillaban como los respiraderos de un infierno; la jóven olvidaba el pastor moribundo y el caballero lleno de vida, y se sentía dominada por una especie de magnetismo.

El salon del cenobita era un agujero practicado en la roca, y por sillones y canapés habia piedras cuadradas ó puntiagudas, que servían á un tiempo de mesa y de reclinatorio; este salon era al mismo tiempo la cocina y la alcoba, cuyos tapices los formaban los cabrahigos y viñas silvestres, entrelazando sus tallos floridos. Una enorme piedra cerraba la entrada de la gruta, sin duda temida de los leones y de los otros animales feroces. El ermitaño recibió á las dos mugeres con una exquisita urbanidad, y su conversacion fué

brillante y entusiasta. Hablaba de los placeres del mundo con tanto amor como un hombre que jamás los ha gustado. Nunca había abierto la señorita de Villiers un capítulo de poesía tan galante como el que leía debajo de aquella túnica austera. Entonces sintió una sed desenfrenada de felicidad en aquella mansión de penitencia, pues tan cierto es que los extremos se tocan. El dolor prepara al placer.

La lluvia había cesado, y se acercaba la noche. El religioso tomó una linterna con una mano, y con la otra la de Nina, pues no se contentaba únicamente con rezar por los muertos, sin atender también a los vivos. Atravesaron senderos tortuosos, apartando los espinos que se oponían a su paso, y la luna se sonreía al través de las nubes, en tanto que Nina hacía sus sueños de porvenir. Las aventuras del día pasaban ante ella como recuerdos incoherentes, y su corazón era un volcán próximo a vomitar su lava.

Pero hé aquí la vistosa torre del castillo, y que el ermitaño se aleja de los viajeros, después de haberles dado su bendición.

Las dos mugeres iban a retirarse a su aposento, cuando se oyó un gran ruido a la puerta, al mismo tiempo que daban las siete. ¿Quién podía llegar a hora tan intempestiva? De algunos días a esta parte Mlle. de Villiers solo alimentaba su imaginación de bandidos calabreses, y por tanto aquel ruido era algo temeroso. Genoveva corrió a abrir armadura de una antorcha y de todo su valor, y entró un hombre con un bordon en la mano y cubierto de conchas y de polvo. El tiempo era borrascoso, y pedía hospitalidad: y mientras el viajero tomaba algún refrigerio, trufas y vino caliente, Nina, cuya curiosidad estaba escitada por cada una de las conchillas, pidió al peregrino algunas impresiones de viaje. Este se ruborizó sin duda por humildad religiosa, y suplicó a Nina tuviese a bien dispensar el trastorno que podía muy bien reinar en su imaginación. Porque en sus correrías lejanas el peregrino solo pensaba en Dios: la naturaleza y las demas futilidades de este género pasaban a su lado, por decirlo así, desapercibidas.

Hace algunos días que estaba de penitencia en la Trapa, cuando una voz se levantó en mi conciencia, que gritaba: «Vé a buscar el martirio a otra parte. Tú sirves a Dios sin fatiga alguna; tú rezas sobre la piedra helada; tú rezas sobre las tablas de un féretro y descansas cavando tu sepulcro; tú no eres mas que un sibarita, un verdadero Sardanápalo. Tus ojos, como los de un preso que penetran las tinieblas de un calabozo, tus ojos han penetrado las tinieblas de la muerte. Ya no es horrible para tí la muerte, y la ves con los colores mas tiernos, ya rosa, ya verde manzana. Tu penitencia no es la agonía de la nada, sino el prefacio de la felicidad. «Esta voz, ó mas bien este remordimiento, tenía razón, pues en vano llevaba yo un cilicio y en vano me daba disciplinas: ¡tonterías todo esto! ¡Hermoso mérito acostarse sobre tablas cuando los mártires se acostaban sobre carbones no apagados! Las tablas no son mas que hojas de rosas. Vivir de agua clara y de pan negro cuando hay desiertos donde no se encuentra una gota de agua turbia, y países donde se comen sapos crudos... ¡ah! yo seguí mi vocación de peregrino y mártir. Yo estaba enusiasmado con los gloriosos destinos que me esperaban; crucificado por aquí, asado por allá, estrangulado en China, empalado en la India, veía en el cielo todos los ángeles que me preparaban coronas. Los salvajes, los antropófagos me tendían sus brazos; es decir, los cadalsos y las calderas....

Tomé, pues, el camino de todos estos pueblos, llevando la fé por toda provision. Como San Gerónimo, me acostaba sobre guijarros y espinas, y cuando la sed me devoraba, pensaba en Moisés haciendo saltar agua de la roca. Alimentábame de langostas, como San Juan, y á falta de langostas, no había acaso otros animalitos, como cucarachas y caracoles? También tenía yo algunas distracciones, pues Dios permite los placeres inocentes. Contemplaba las trompas marinas, y oía el rumor de las cataratas; iba á la caza de marsoyas y á la pesca de avestruces; desenterraba huevos de ballena, y arrancaba ostras de tres pies de diámetro. En mis viajes vi el monte Ararat, y recogí en él algunos tablones viejos, que, estoy seguro, provenían del arca de Noé. Ví la montaña donde el buen Dios nos leyó en otro tiempo su constitución con aclamaciones de tormenta, pues aun no se había inventado la pólvora. Ví las odaliscas del serrallo...

—Las odaliscas! dijo la jóven sorprendida: ¿para convertirlas?

—Un día, en estos sitios salvajes, fuí atacado por un mastodonte; otra vez estuve á punto de ser devorado por un megaterio; y, en fin, si no he estado tanto tiempo como Jousé en el vientre de una ballena, no es culpa mia, por cierto. Tengo, pues, el honor de estar á vuestro lado...

—¿Cómo? dijo Nina.

—Para exhortaros á la penitencia, contestó el peregrino con unción.

Era de noche. Toda la naturaleza velaba en un silencio lleno de ideas. Desde las ventanas del castillo se veían los árboles mudos y pensativos, y los techos de las cabañas dormidos á la sombra. Los carneros tenían la cabeza sobre la almohada, y las vacas, formando cerco en su establo, rumiaban algún sueño de amor. Oíase como un rumor de sueño, producido sin duda por la respiración igual de los conejos y por el suspiro de los pollos, con sus cabezas apoyadas en el brazo de sus prometidas. Nublados blancos y graciosos se paseaban en el azul del cielo, y en el aire se respiraba el buen Dios. Entonces se oyó la voz de un hombre, confundida con la voz de una guitarra. No, el lenguaje de las divindades no es el alejandrino, sino otro instrumento distinto. El vestido de la poesía es la música, vestido diáfano y que no ciñe los contornos. La música es un vaso donde cada cual vierte su alma. ¿Quereis oír el silencio de la desesperación? ¿Quereis ver la erupción de un volcán? ¡Escuchad! ¡Quereis una orgía, la caída del Niágara? ¡Escuchad, escuchad! Este es el galope de la vida, en el cual se cruzan y chocan las pasiones... En este momento, turbada Nina, dejó caer su pañuelo, lo cual se sabe que era una declaración de amor para los antiguos trovadores. El cantor, mas listo que una ardilla, saltó la reja del balcon, y se encontró á los pies de la jóven.

—¿Quién sois? preguntó ella.

—Un trovador.

—¿Pero?...

—¡Por piedad, no preguntéis mas!

—Lo exijo.

—Y cuando me conozcais, ¿no me odiareis?

—No, dijo Nina con emoción; aunque fuéis un pirata no os aborrecería.

—¡Ojalá no fuese mas que eso; pero soy el objeto que debe parecer mas horrible á vuestros ojos!

—Acabad.

—Soy vuestro primo el marqués de Villiers.

Nina dió un grito de sorpresa; mas, ¿cómo querer mal á un jóven de tanta gracia, con su guitarra á la espalda!

—Primo, dijo la señorita de Villiers: vos seriais el que yo busco, si hoy mismo no me hubiera encontrado un caballero errante.

—Eso no importa si amais mas al caballero...

Salió el marqués, y poco después entró el caballero, que levantó su visera y besó la mano de la jóven. Nina reconoció también en él á su primo.

—¡Oh, dijo; ya no buscaría mas, si no me pasase por la cabeza un pastor, un ermitaño, un peregrino!...

—Primo, esperad un minuto y el venerable ermitaño vendrá á poner su amor á vuestros pies. ¿Quereis también que el pastor traiga sus corderos?

—Basta; todo lo comprendo.

—¿Me perdonais esta pequeña comedia? preguntó el peregrino. Yo estaba enamorado, y como érais romancesca tomé todas las formas que podían atraer vuestra atención. ¿Qué no hubiera hecho yo por agradaros? Con mucho gusto me hubiera cambiado en hipopótamo.

Hoy está loca por su primo la señorita de Villiers: ya no lee novelas, y como jamás ha sido tan poeta, no va ya en busca de la poesía.

Recuerdos del Teatro Real.

Dos consignamos en este número de los mas notables que deja la primera temporada del Teatro de Oriente. Uno de ellos es Ronconi, cuya movible fisonomía pueden observar nuestros lectores en cuatro papeles de sus óperas favoritas. El otro es una de las principales escenas del lindísimo baile *Estella ó las dos novias*, que tantos y tan legítimos aplausos ha valido á la Cerito y St. Leon.

IMPEDIMENTO LEGÍTIMO DE UN LLORON DE ENTIERROS.

Un zapatero inglés que añadía á su profesion la de llorar en los entierros, fué un día á ver á otro lloron amigo suyo y tuvo con él el diálogo siguiente.

—«Tom, vengo á pedirte un favor.»

—«Cuál es?»

—«Que vayas hoy á llorar en lugar mio, al entierro del banquero Carswel.»

—«Y por qué no vas tú?»

—«Hombre, la verdad, porque hoy no podría llorar á pesar de todos mis esfuerzos: se ha muerto mi muger esta mañana.»

SIMPLICIDAD DE UNA DAMA.

Tratándose en un corrillo de cual era el camino por donde el sol volvía de Poniente á Oriente, para comenzar desde allí su carrera, dijo ella muy pronta.—¿Pues que duda puede haber en eso? Vuelve (añadió) por el mismo camino por donde fué de Oriente á Poniente. Si fuera así (le replicó uno de los presentes) le viéramos al volver, como lo vemos ir. ¡Qué objecion tan necia (esclamó ella riéndose)! ¿Cómo le hemos de ver cuando vuelve, si entonces es de noche?

MÁXIMAS.

El sábio es señor de sí mismo, y se le da poco de los acaecimientos, vive contento en su estado sin desear salir de él porque como ha puesto precio á todo sabe que nada ganaría en ello. Necesita poquísimo de los otros. Continuamente se ocupa en ejercitar las facultades de su alma y de su entendimiento, y goza sin disgustos ni escrúpulos de todo el universo y de sí mismo. Tal individuo es sin ninguna duda el ser que está mas cercano á la felicidad. Los placeres físicos y los del alma que alternativamente goza, constituyen su felicidad. En sus reveses y sus males padece menos que otro. La fuerza de su alma lo sostiene, y la razón lo consuela.

La poesía es la música del alma.

El dolor se embota como el placer, porque la rápida sucesión de las cosas trae nuevos sentimientos.

Cuando la hoja casi seca se desprende de los árboles y alfombra el suelo, es una triste pero muda imagen de la vida humana, cuando la ancianidad nos despoja de nuestro adorno.

EL POETA Y EL COMPOSITOR.

POR

E. T. A. Hoffman.

Hallábase á las puertas de la ciudad el ejército enemigo: tronaba el cañon, y las bombas silbaban en el aire surcado por sus rastros de fuego. Los habitantes, pálidos de terror, se refugiaban atropelladamente en sus casas, y en las desiertas calles solo se oía el ruidoso galope de las patrullas de caballería que, votando y maldiciendo, impelían á los soldados reacios hácia las trincheras.

Solo Ludwig, sentado delante de su piano en su pequeño retrete, se hallaba sumergido en el mundo fantástico y sublime de las ilusiones. Acababa de componer una sinfonia, en la que se había esforzado en reproducir los mas íntimos presentimientos de su imaginación exaltada, y en la que, á imitación de Beethoven, había querido espresar, por medio de una armonía divina, las maravillas del país de los ensue-

ños, esa dorada region á que á veces nos transportan éxtasis voluptuosos: aun osaba esperar que sus acentos, emanados de la inspiración del idealismo, prevalecerían también sobre el prosaismo de nuestra miserable vida, y sabrían cautivar á los que someten á mezquinas leyes el encanto ideal de la melodía.

Entró súbitamente la huésped esclamando, que cómo podía tocar el piano en medio del terror y de la desolación universal, y reconviéndole además de si quería dejarse matar en su bohordilla. Trataba Ludwig aun de comprender el sentido de aquellas palabras, cuando una homba vino silbando á estallar sobre la techumbre, y los vidrios rotos volaron por lo interior del aposento con un estruendo terrible. La huésped escapó gritando, y Ludwig, poniendo debajo del brazo el objeto mas precioso que poseía, la partitura de su sinfonia, descendió á la bodega siguiendo los pasos de aquella.

Estaban ya reunidos allí todos los inquilinos de la casa. El tabernero del cuarto bajo, en un acceso de liberalidad, contrario enteramente á sus costumbres, había facilitado dos docenas de botellas de su mejor vino: las mugeres, por su parte, fieles á su prevision característica respecto á todo lo concerniente á las necesidades corporales, no habían olvidado, á pesar del espanto que parecía sobrecogerlas, traer en elegantes cestas algunas provisiones de boca; de suerte que todos se pusieron á comer y beber en amor y compañía, y muy pronto, al estado de inquieta estupidez producida por el temor del peligro cercano, sucedieron un bienestar general, y esa mútua confianza que hace que cada cual encuentre una garantía de seguridad personal en el golpe que á su compañero de infortunio amenaza. En estas ocasiones es cuando las numerosas pequeñeces y las reverencias de ceremonia aprendidas en la escuela de una minuciosa etiqueta se olvidan en el rápido curso, con que la férrea mano del destino marca un compás dilatado y sonoro. Personas que apenas se saludaban al encontrarse otras veces en la escalera, veíanse allí sentadas mano á mano, con las palmas unidas, y entregado sin reserva con una igual cordialidad á las mas íntimas expansiones. Pronto se dió al olvido la destrucción comun, y á la idea de un peligro de muerte inminente sucedió poco á poco una locuacidad llena de animación y buen humor.

Los tiros iban siendo cada vez mas raros, y ya algunos vecinos hablaban de regresar á sus respectivas habitaciones, alegando la ausencia del peligro. Había entre ellos un militar veterano que, apoyándose con arrogancia en el testimonio de Vanban, y no sin haber soldado de paso algunas palabras instructivas acerca del sistema de fortificación de los romanos y sobre los efectos de la catapultas, demostró que toda aprension era pueril, en atención á que la casa estaba fuera de la línea de tiro. Aun no había concluido de hablar, cuando una bala rasa vino á dar en los ladrillos que ovalaban el respiradero, despidiendo muchos de ellos á lo interior de la bodega. No resultó, sin embargo, ningun accidente, y el mismo estratégico, saltando sobre la mesa, de la cual el choque de los ladrillos había hecho desaparecer las botellas, para trasegar allí un vaso lleno que en la mano tenía y desaliar á la primera bala que viniera, acabó de infundir valor á toda la reunion. Este fué con efecto el último susto; la noche se pasó con tranquilidad, y á otro día de mañana se supo que el ejército francés había ocupado otra posicion, y cedido voluntariamente la ciudad á sus enemigos.

En el momento de ser abandonada la bodega recorrían ya las calles caballeros extranjeros, y los bandos fijados en las esquinas prometían á los habitantes seguridad y protección. Curioso Ludwig de presenciar un nuevo espectáculo, se mezcló con los grupos variados que se dirigían hácia la puerta de la ciudad por donde acababa de entrar el estado mayor del ejército aliado, brillante con sus espléndidos uniformes y precedido de una retumbante banda de música. Pero ¡cuál no sería su admiración al reconocer á dos pasos de sí, en un grupo de ayudantes de campo, á Fernando, el mas íntimo de sus amigos de universidad, caracoleando sobre un alazan soberbio, pero en un traje muy modesto y con el brazo izquierdo pendiente de una charpa!

¡Es él! sí, él mismo, por vida mia! exclamó Ludwig involuntariamente; pero hubo de renunciar á seguir á su amigo, por impedirselo el rápido galope de su caballo. Regresó muy pensativo á su morada, y en vano trató de dedicarse al trabajo. Este inesperado encuentro de un antiguo amigo que perdiera totalmente de vista hacia muchos años, absorvía todos sus pensamientos, y el recuerdo de esta amistad placentera evocaba en su espíritu, con todos los hechizos de la realidad, la época brillante de su juventud. Entonces no mostraba Fernando la menor inclinación á la carrera militar; estaba dedicado á las musas en cuerpo y alma, y las numerosas producciones de su genio poético parecían haber revelado su verdadera vocación. Así es que apenas podía Ludwig comprender la metamorfosis de su amigo, y ardía en el deseo de hablarle, sin saber de qué medio valerse para volverle á encontrar.

Entre tanto la ciudad recobraba una animación progresiva. Gran parte de las tropas aliadas hizo allí alto, y los príncipes extranjeros que las mandaban tomaron algunos días de descanso en ella. Pero cuanto mayor era la afluencia en el cuartel general, tanto mas veía Ludwig debilitarse su esperanza de volver á encontrar á su amigo de infancia, cuando en un café poco frecuentado de un arrabal distante, adonde Ludwig solía ir á tomar su limitada cena, vino Fernando á echarse de improviso en sus brazos con una exclamación de júbilo y de sorpresa.

Ludwig permaneció mudo, porque cierta emoción penosa turbaba en su corazón la alegría de aquel encuentro tan ardentemente deseado. A veces en nuestros ensueños, en el momento mismo en que estrechamos con nuestros brazos á los amigos que mas queremos, acontece que estas halagüeñas imágenes sufren súbitamente una extraña metamorfosis, y que una irónica fantasmagoría viene á destruir la ilusión encantadora.—Aquel tierno hijo de las musas, aquel cantor armonioso de tanto apacible idilio, que Ludwig se representaba con la frente circuida de una aureola romántica, difícilmente podía ser reconocido bajo su centelleante casco de cimera, con un sable pesado suspendido del cinto, y con el tono de su voz tan completamente modificado por un acento lleno de rudeza y de energía.



Ronconi, papel de Chaloix en *Maria di Rohan*.



Ronconi, papel de D. Tadeo en *l'Italiana in Algeri*.

El brazo en cabestrillo del jóven oficial atrajo la mirada entristecida de Ludwig, que notó en seguida la condecoración prendida sobre el pecho de su amigo. Entonces Fernando, estendiendo de nuevo hacia él su brazo derecho para estrecharle otra vez contra su corazón, le dijo:

«Sé qué pensamiento te agita en este instante y qué recuerdos ha despertado en tí este inesperado encuentro.—La patria dió el grito de alarma, y no he titubeado en responder á su llamamiento. Esta mano que aun no estaba habituada mas que á sostener una pluma se ha armado de una espada con todo el ardor y alegría que debe inspirar una causa tan santa á todo hombre no predestinado para la esclavitud por inclinaciones rasteiras. Mi sangre ha corrido ya en el campo de batalla, y un feliz acaso que hizo al príncipe testigo de mis esfuerzos por cumplir con mi deber, me ha valido esta cruz de honor. Pero créelo, Ludwig, las cuerdas íntimas que vibraban en mí, y cuya armonía encontraba un eco fiel en tu corazón, permanecen intactas. Sí, amigo mio, comisionado despues de terribles y sangrientas refriegas, á la guarda de puertos aislados, y mientras mis compañeros dormitaban recostados junto á los fuegos de los campamentos, mas de una vez he compuesto, entregado á ricas inspiraciones, versos que á mí mismo me animaban en la noble empresa de combatir por mi patria y por la libertad.

A estas palabras sintió Ludwig dilatarse su espíritu, y luego que Fernando, despues de haberle seguido á un gabinete particular, hubo depuesto su casco y un sable, le pareció que por último encontraba á su amigo de otro tiempo, el cual habia adoptado aquel disfraz para sorprenderle con un

engaño, y creyó que solo habia sido juguete de una ilusion pasagera. Por último habiéndose sentado los dos amigos á la mesa, ante la modesta cena que habian mandado disponer, y habiéndose despertado en ellos ideas frescas y risueñas al choque alegre de sus copas, no tardaron en ver en torno suyo las dulces imágenes de un pasado lleno de hechizos; y la potencia de los recuerdos, evocando sucesivamente mil apariciones de su dichosa juventud y de su comun entusiasmo por la vida de artista, se abandonaron sin reserva al delicioso prestigio de estas muchas expansiones.

Fernando se informó inmediatamente del resultado de los trabajos de Ludwig, desde su separacion, y fué grande su sorpresa cuando supo que su amigo no habia llegado aun á hacer representar, ni á componer siquiera una partitura de ópera, por no haber encontrado hasta entonces ningun poema cuyo argumento y estructura hubiesen suscitado en él una inspiracion verdadera.

—¿Cómo! dijo Fernando; con el ardor y la fecundidad de tu imaginacion, poseyendo además la teoría de tu arte como tú la posees, ¿no has compuesto una ópera despues de tanto tiempo?

Ludwig.—Con efecto, no digo que acaso no sea capaz de concebir un buen argumento de ópera. Mas de una vez, durante la noche, cuando una ligera escitacion febril me pone en ese estado vago de soñolencia, que tanto participé del sueño como de la vigilia, me ha ocurrido no solo la idea, sino tambien la viva representacion de magníficas óperas, de las que me imaginaba ser el autor. Pero no me creo dotado del don de retener y fijar por escrito esas sensaciones fugitivas.

—Y por qué se habrá de exigir, que nosotros compositores estemos dotados, para escribir un poema, de esa ciencia práctica indispensable en todas las artes para el buen éxito de una obra, pero que no se adquiere sino por medio de una asidua constancia y de un ejercicio habitual? Además, dado caso que yo tuviese el talento necesario para dramatizar con gusto y versificar elegantemente un argumento dado, no me aventuraria con todo á componer por mí solo un poema de ópera.

Fernando.—Pero nadie podria seguramente acomodarse mejor que tú mismo á tus ideas musicales.

Ludwig.—Si, es verdad. No obstante, me parece que el compositor que emprendiese la versificacion de un libreto se encontraría en la misma posicion que el pintor, á quien se impusiese la obligacion de hacer un grabado minucioso del cuadro que hubiera imaginado antes de transportarlo á la tela con toda la animacion del colorido.

Fernando.—¿Tú crees que el trabajo minucioso de la versificacion resfriaria y agotaria la inspiracion necesaria para el trabajo del músico?

Ludwig.—Eso mismo creo. Y mis versos concluirian por parecerme un desperdicio inútil, semejante á la funda de papel roto de los cometas, cuyas ráfagas brillantes eran admiradas ayer. Yo creo formalmente, que de todas las artes, la música es la que mas imperiosamente exige que el autor, para llegar á la perfeccion, abraze de un solo golpe y con todo el fuego de la inspiracion el conjunto y todos los pormenores de la obra que emprende; porque no hay nada en que las correcciones y variaciones del estilo sean mas inel-



Ronconi, papel de Dulcamara en *l'Elisir d'Amore*.

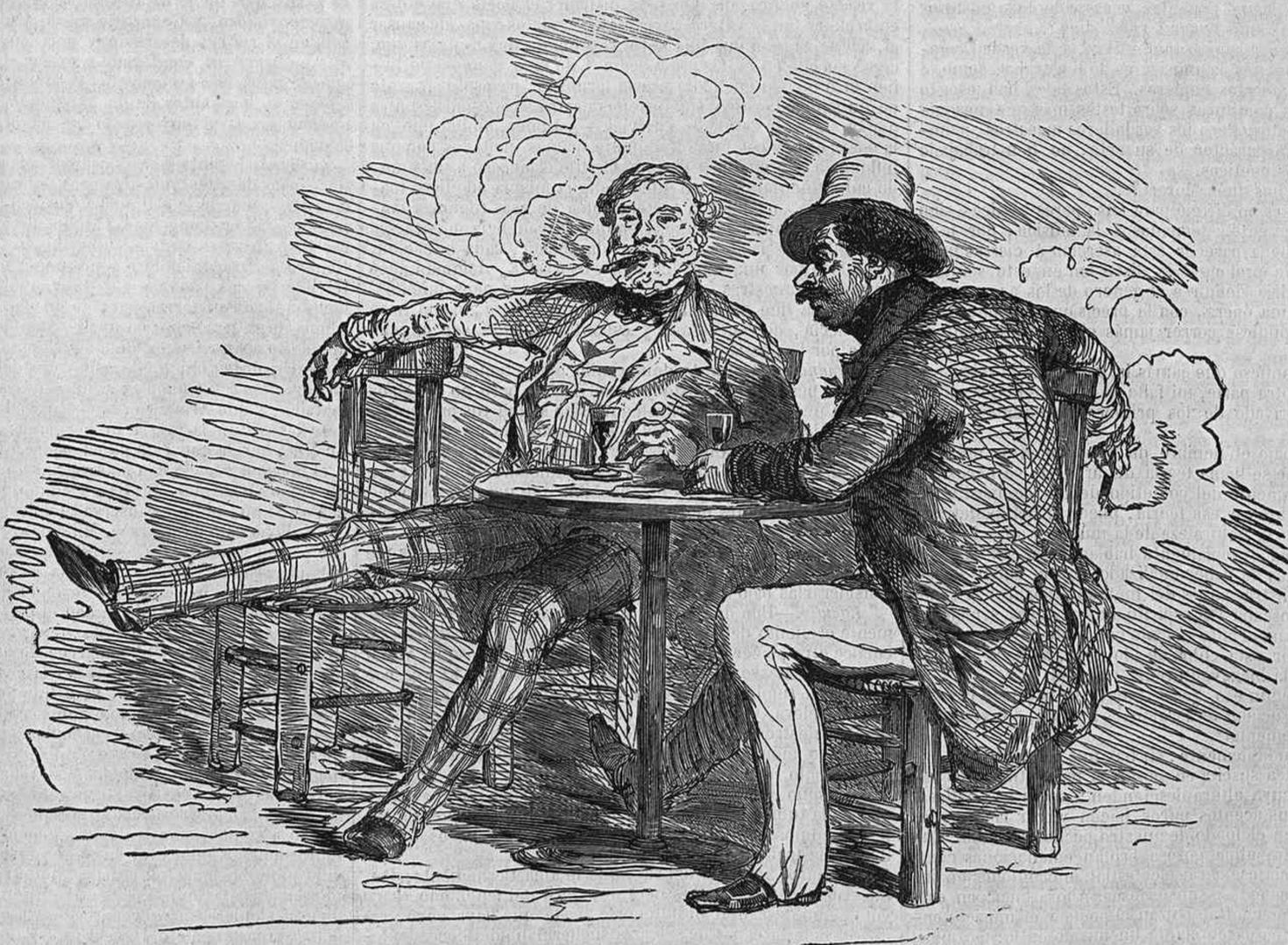


Ronconi, papel de dux en *I Due Foscari*.

DESPEDIDA DE UN DIPUTADO.



—Electores, no os arrepentireis de haberme nombrado vuestro representante. Volveré de Madrid como voy, sin haber admitido ni una gracia del gobierno, ni un halago del poder. Todo lo que yo ambiciono es poderos decir cuando me presente á vosotros: «he conseguido que pagueis la mitad de las contribuciones; que vuestro distrito se comunique con la capital de la provincia por medio de un camino de hierro; que el juzgado se haya trasladado á este pueblo; que las carreteras estén corrientes para que podais dar salida á vuestros productos; que se hayan hecho todas las obras públicas que deseábais y algunas mas; que el oro circule con profusion, y que el pais, en fin, alcance el mayor grado de prosperidad posible.» Entonces solo aspiraré como premio de mi obra al aprecio de mis conciudadanos, entre los cuales volveré á establecerme, para no abandonarlos mas.



—Amigo, ya que he triunfado á duras penas, es preciso explotar á todo trance la ocasion. Yo no paro hasta conseguir una intendencia para mí; á tí y á los demás amigos que habeis trabajado tanto, os haré consejeros provinciales; á mi hermano administrador de correos; al de mi muger administrador de contribuciones (ya sabes que entiende esto de administrar) al otro cuñado juez de primera instancia, y tendré buen cuidado de que no se varíe la capitalidad, porque como él tiene allí su casa, gozará dobles ventajas; para mi padre, mis sobrinos y mis primos, no faltará una colocacion; lástima que mi muger no pudiera desempeñar algun cargo público. En fin, basta con hacer que quiten á todos mis enemigos y coloquen en sus puestos á mis parientes y amigos. Concluida mi obra, viviré contento en Madrid de donde estoy resuelto á no salir, para vivir cerca de la fuente y poder ir esplotando los ascensos.

caces y mas funestas. En efecto, sé por experiencia, que las melodías que en nosotros se revelan súbitamente como por magia á la lectura de un poema, son siempre las mejores, y acaso las únicas naturales al genio del compositor. Por consiguiente, el músico, dedicándose á la composicion de un libreto, no podria menos de ocuparse de la parte música, acomodada á cada situacion. Cediendo á esta tendencia, y absorbido muy luego por el estudio de la nota, haria vanos esfuerzos para someterse á la coordinacion de las palabras; ó bien, si llegaba á conseguirlo violentándose, pronto se le agotaria el torrente de melodías por muy impetuoso ó por abundantísimo que fuese. Mi conviccion intima, para marcar mejor mi pensamiento, es: que en el momento de la inspiracion música, todas las frases, todas las espresiones, parecerian insuficientes, débiles y mezquinas; y el compositor se veria por consiguiente obligado á mendigar en la esfera material de las palabras un auxilio, sin el cual no sabria pasar: pero semejante al águila cogida en un lazo por el cazador, en breve sus alas entumecidas serian impotentes para dirigir hacia el sol nuevamente su vuelo.

Fernando.—Puedes tener razon; pero permíteme decirte, amigo mio, que me choca de un modo evidéntísimo tu repugnancia á franquearte por tí mismo la senda de las creaciones músicas, componiendo las escenas, las arias, los duos etc. cuyas palabras te faltan.

Ludwig.—Convenidos. Pero, ¿no podria yo tambien hacerle una reconvenccion de larga fecha? ¿Por qué, siendo así que un entusiasmo igual por el arte nos unia tan íntimamente, no has querido jamás ceder á mis instancias, componiendo para mí un libreto de ópera?

Fernando.—Porque, en mi sentir, ese trabajo es el mas ingrato que puede acometerse.—Buenamente convendrías en que no hay nadie mas exigente ni mas caprichoso que vosotros los compositores, y si tú consideras alusivo el reclamar del músico la práctica necesaria para el trabajo material de la versificación, yo sostengo que es para el poeta una ruda tarea la de tener que ocuparse en vuestras necesidades, en la estructura de los tercetos, cuartetos, finales, etc., para no incurrir á cada instante, como por desgracia acontece con mucha frecuencia, en faltas contra la forma melódica que havais elegido. ¿Y con qué derecho imponeis vuestro capricho? Trabajo os costaria el contestar.—Después que hemos agotado todos nuestros esfuerzos, y tocado afanosamente todos los resortes de nuestra imaginacion, para revestir cada situacion de nuestro poema con colores verdaderamente poéticos, y adornarle con un lenguaje elegante, con versos pulidos y sonoros, es preciso resignarse á ver que, con mano impia, destroceis frecuentemente nuestros mas hermosos versos, que disloqueis nuestros mas elocuentes pasajes, invirtiendo las palabras ó repitiéndolas á vuestro sabor, para inundarlas en un diluvio de notas.—No hablo ahora mas que de los afanes empleados inútilmente en perfeccionar un trabajo dilatado y difícil; mas, ¿no acontece que reñaceis con desden, como mezquinos é indignos del menor ornato músico, argumentos magníficos inspirados por el álito del genio poético, y que os proponemos con orgullo, creyendo que os harán estremecer de entusiasmo? ¿No es esto muchas veces puro capricho de vuestra parte, ú otra cosa peor? Porque ¿cuántas veces adoptais gustosos testos que ni á medianos llegan? ¿Qué digo?...

Ludwig.—Dispensa amigo mio.—Hay, á la verdad compositores, para quienes la música es tan estraña, como lo es la poesia para ciertos copleros. Estos tales han escrito con frecuencia sus partituras sobre testos mas que mezquinos bajo todos aspectos. Pero los verdaderos maestros, penetrados del sagrado carácter de su arte, no han trabajado sino sobre motivos poéticos.

Fernando.—¿Pues qué, Mozart?...

Ludwig.—Mozart no dirigió para sus óperas clásicas sino poemas verdaderamente adecuados á la música, por muy paradójica que pueda parecer esta asercion á ciertas gentes (1).—Pero, sin prolongar la discusion en este sentido, me parece que podria definirse el género de los argumentos que convienen á una ópera, con la precision suficiente para que el poeta no pudiese correr jamás el riesgo de equivocarse.

Fernando.—Confieso que jamás he reflexionado sobre ese particular; y por otra parte, mi falta de conocimientos músicos me habria privado de los primeros elementos de la cuestion.

Ludwig.—Si bajo el nombre de conocimientos músicos comprendes lo que se llama teoría del arte, no se necesitan para juzgar sábiamente del cometido de los compositores. Porque uno que ignore esa teoría, puede haber penetrado tan perfectamente la naturaleza de la música y apreciarla de tal modo, que sea, propiamente hablando, mejor músico que el que, después de haber analizado con el sudor de su frente todas las abstracciones del método, glorifica la regla muerta con menoscabo del espíritu que vivifica: semejante al salvaje prosternado ante el idolo esculpido por sus propias manos, y que, por esta culpable idolatria, se hace indigno de participar de la bienaventuranza celestial.

Fernando.—Segun eso, ¿crees que el poeta puede llegar á la verdadera instruccion de la ciencia música, sin sujetarse al aprendizaje elemental?

Ludwig.—Indudablemente, sí: hay una esfera lejana, inmaterial, cuya idea suscita en nosotros presentimientos estraños, y desde cuya altura descienden á veces maravillosas voces, que con sus acentos puros hacen vibrar las cuerdas que dormitaban en el fondo de nuestro pecho oprimido. Entonces, de nuestra alma gozosa brotan emanaciones como rayos de fuego hacia ese paraíso celestial, iniciándonos en sus cantos por estos éxtasis misteriosos. Ahora bien: en este punto es en el que confraternizan el poeta y el músico, enlazados en la íntima parentela de un mismo culto; porque el secreto de las palabras y de los tonos es el mismo, y á este secreto es á lo que deben la divina sancion que los distingue.

(1) Acaso seria mas lógico decir, que las óperas de Mozart reputadas clásicas, no habrian seguramente obtenido esta ventaja sin el mérito de los poemas que supieron suministrarle felices inspiraciones. El verdadero artista trabaja siempre con el fin de acercarse á la perfeccion. Si no lo consigue es, bien porque se engaña, ó bien porque no ha sabido medir sus fuerzas con la empresa que acomete.

Fernando.—Me admira, querido Ludwig, tu empeño en caracterizar por medio de profundas imágenes la esencia misteriosa del arte; y ya, en efecto, veo desaparecer el intervalo que otras veces me parecia separar al poeta del músico.

Ludwig.—Trato de hacerte comprender mi opinion sobre la verdadera naturaleza de la ópera. En cuatro palabras: según mi sentir, ninguna obra hay verdaderamente digna de este título, sino aquella en que la música nace de la poesia, del mismo modo que un fruto de la flor que contuviese su germen.

Fernando.—Confieso que esa definicion no me satisface completamente.

Ludwig.—¿No es la música el lenguaje misterioso de ese mundo aéreo de los espíritus que, como un eco interior nos refleja una vida mas pura y mas completa? En efecto, sentimos alzarse todas las pasiones á un tiempo en el fondo de nuestra alma, luchar entre sí como enérgicos atletas y confundirse por último en una impresion de inefable deleite, que hace resentirse todo nuestro ser; tal es el efecto indefinible de la música instrumental. Pero las realidades de la vida corresponden tambien á su dominio. La música puede y debe adaptarse á sus diferentes peripecias, y realzar con el esplendor de su ropage ciertas acciones y ciertas pasiones determinadas. Porque no seria posible aplicar á cosas triviales un lenguaje sublime, y la música debe necesariamente reflejar las maravillas de la religion, superior cuna de su armonia. Dispóngase, pues, el poeta para emprender un atrevido viaje á través del reino romántico. Allí es donde se encuentra lo maravilloso con que deberá iluminar los cuadros de la vida comun; allí es donde brilla, revestido de los mas frescos y vivos colores, hasta el punto de inspirarnos una fé firme en su realidad, y de hacernos recorrer, como en un sueño embriagador, las floridas sendas de ese encantado país, olvidados de las miserias cotidianas de la vida, y sin comprender otra lengua que la de esa mágica comarca en que la palabra es inseparable de la melodía.

Fernando.—Es decir, que le concedes privilegio esclusivo á la ópera romántica, con su cortejo de hadas, de genios, de prodigios y metamorfosis?

Ludwig.—Sí; esa es efectivamente, en mi opinion, la verdadera naturaleza de la ópera; porque solo en el reino de la fantasia es donde la música se encuentra en su casa. No dudo que estarás convencido de mi alto desprecio hacia esas producciones miserables, en que sin reparo se evoca tanto espíritu bestial, y en que sin motivo ni resultado se acumulan prodigios sobre prodigio, únicamente con el fin de distraer al vulgo desocupado. Solo el poeta dotado de ingenio y de inspiracion es capaz de componer una buena ópera romántica; porque él solo posee el secreto de mezclar en las acciones humanas las ilusorias apariciones del mundo inmaterial. Con sus alas franqueamos el abismo que nos separaba, y naturalizados bajo sus auspicios con ese país de lo fantástico, creemos en los prodigios que hieren nuestros sentidos, como consecuencia necesaria de la influencia de una naturaleza superior, y con mirada tranquila les vemos complicar ó disminuir todas esas situaciones fuertes y atractivas, que tanto nos llenan de terror y de ansiedad, como nos penetran de un delicioso placer.—Este es, en una palabra, el mágico poder de la verdad poética, de que sabe disponer el poeta que quiere emprender tan gran tarea; porque ella sola es capaz de causar el deleite, al paso que una serie caprichosa de prodigios que, como sucede en tantas producciones de este género, no tienen otro objeto que el de presentarnos un payaso disfrazado en traje caballeresco, siempre nos dejará frios é indiferentes por su carácter estúpido y trivial.—Así pues, amigo mio, en la ópera es menester que realmente seamos incitados por una influencia sobrenatural que nos facilite el acceso á un mundo enteramente ideal, en que la lengua misma adquiere mayor energia, modificada por el idioma de esas regiones fantásticas; en otros términos, en que la cadencia música sea inherente á la palabra, en que cada accion, cada situacion, formulada por una melodía viva y espresiva, domine imperiosamente nuestras sensaciones y nuestros pensamientos. Hé aquí de qué modo la música de una ópera, como hace poco decia, debe necesaria y espontáneamente ser engendrada por la poesia.

Fernando.—Ahora te comprendo perfectamente; y esto me hace pensar en Ariosto y en el Tasso; pero no es chica tarea la de componer un drama músico segun tus preceptos.

Ludwig.—Esa es obra del poeta dotado de un verdadero genio romántico. ¡Ahí tienes al admirable Gozzi! En sus delirios dramáticos reunió todas las condiciones que yo exijo á un autor de óperas, y es inconcebible que una mina tan fecunda en excelentes motivos no haya sido hasta ahora bastante explotada.

Fernando.—Convengo en que la lectura de esas piezas me interesó vivamente hace algunos años, aunque no pensara en considerarlas bajo el punto de vista que tú las miras.

Ludwig.—Una de sus mas lindas obras es incontestablemente el cuento del cuervo.—«Millo, rey de Frattombrosa, no conoce otro placer que la caza: andando por el bosque, vé un magnífico cuervo, y le atraviesa con su flecha. El ave cae sobre una tumba de blanquísimo mármol que al pié de un árbol se eleva, y al espirar la mancha con su sangre. Súbitamente se estremece toda la floresta, y de una gruta sale un espantoso monstruo, profiriendo con voz tonante contra el desgraciado monarca la siguiente maldicion:

—«Si no encuentras una mujer tan blanca como el mármol de la tumba, tan colorada como la sangre del cuervo, tan negra como sus plumas, morirás entre los accesos de una demencia frenética!

«Genaro, hermano del rey, que le ama tiernamente, después de tantas pesquisas para descubrir tal fenómeno, hace voto de no descansar ni detenerse hasta que haya encontrado á la belleza capaz de salvar á su hermano del horrible delirio. Recorre sierras y mares; hasta que encaminado por un viejo esperto en nigromancia, encuentra á Armilla; la hija del poderoso encantador Norando. Su cútis es tan blanco como el mármol de la tumba; el encarnado de sus labios, purpúreo como la sangre del cuervo, y sus cabellos y pestañas no menos negros que la pluma del ave. Genaro logra robarla, y después de haber sufrido una fiera tempestad, aborda en las cercanías de Frattombrosa. Apenas salta en tierra, cuando en la misma playa le ofrece la casualidad á su encuen-

tro y le hace dueño de un magnífico caballo, como tambien de un halcon dotado de las mas raras cualidades, y se felicita de al llevar á su hermano una garantia segura de salud, le colmará tambien de alegría con unos presentes tan preciosos que regare al reposo que necesita; y hé aquí que aparecen dos predicciones siguientes:

—«¡Desdichado de tí, Genaro! Maldito es el dia en que naciste! El halcon debe sacar los ojos á tu hermano...; pero si no se lo das, ó si revelas lo que acabas de saber, serás transformado en piedra.

—«¡Desgraciado de tí Genaro! Si tu hermano monta el caballo, morirá en el mismo instante; pero si no se lo das, ó revelas lo que acabas de saber, serás convertido en piedra.

—«¡Desdichado! ¡Desdichado de tí, Genaro! Si Millo se casa con Armilla, un monstruo le devorará la misma noche de novios. Empero si no se la das, ó si revelas lo que acabas de saber, serás convertido en piedra! Desgraciado, desgraciado de tí!...

«Norando el encantador aparece y confirma este horóscopo sombrío, que debe vengarle del rapto de Armilla.

«Millo ve á la jóven y en el momento se ve libre de la fiebre que le domina. El caballo y el halcon son traídos á su presencia, y el rey admira la celosa ternura de su hermano que se esmera en halagar sus gustos de predileccion por medio de tan magníficos presentes. Aquel coge el halcon y se lo presenta; pero en el momento en que Millo va á poner la mano sobre el ave, Genaro le troncha la cabeza, preservando así los ojos de su hermano. Así mismo cuando Millo tiene ya el pié en el estribo para montar al caballo, Genaro desenvaina su espada, y de un solo revés corta las manos del animal, que cae desplomado. Persuádese Millo entonces de que unos celos insensatos hacen obrar á su hermano de aquel modo, y las confidencias de Armilla le confirman en esta suposicion, porque ella ha creído traslucir en los suspiros de Genaro, en sus lagrimas furtivas y en su conducta estraña y misteriosa, que ardia por ella en un fuego secreto. No obstante, ella protesta que ama al rey, siendo Genaro quien ha hecho germinar este amor en su corazon por medio de los continuos elogios que, durante el viaje, hacia de su muy amado hermano, en los términos mas vivos y seductores. En fin, para mejor disipar sus sospechas, le ruega que apresure el momento de su union, y el rey ordena en seguida los preparativos necesarios.

«Genaro ve que es inminente la perdicion de su hermano; se desespera al verse tan injustamente acusado; pero si se escapa de sus labios una sola palabra del terrible secreto se pierde él mismo.—Resuelve á todo evento conjurar el peligro, y á este efecto penetra de noche en un pasadizo subterráneo que conduce al aposento de su hermano. Aparece á su encuentro un dragon terrible vomitando llamas: Genaro le ataca; pero sus golpes son infructuosos, y el monstruo avanza hasta el dintel de la puerta del dormitorio del rey. Entonces su adversario, trasportado de rabia, levanta la espada con ambas manos, y ya va á hendir al monstruo con ella, pero este desaparece, y al golpe vuela hecha astillas la puerta de la sala.—Millo se presenta; su hermano es á sus ojos un feroz asesino, lanzado al fratricidio por un amor envidioso, y Genaro no puede disculparse. Los guardias acuden al ruido; desarman y aprisionan al generoso jóven, que en breve es condenado á expiar el crimen de que se le acusa, muriendo á manos del verdugo en la plaza de las ejecuciones; pero antes de ir al suplicio reclama una última audiencia de su muy amado hermano, y Millo accede á su demanda.

«Genaro le pinta con las espresiones mas ardientes el tierno cariño de que tantas pruebas le ha dado desde la infancia; pero cuando le estimula á decir si le cree realmente capaz de haber concebido la idea de un fratricidio, Millo reclama pruebas convincentes de su inocencia. Entonces Genaro, sobreponiéndose á su agonía, le revela la profecía terrible de las palomas y del encantador Norando; pero no bien ha dicho su secreto cuando queda transformado, en presencia de su hermano, en una estatua de granito.—En aquel momento aparece el encantador Norando, y habla así:

—«Era órden inmutable y suprema del destino que el cuervo pereciese á tus manos; que tú fueses maldito por haberle matado, y que Armilla me fuese robada. Una sola cosa puede ya restituir la vida á tu hermano; pero es terrible. Que Armilla, herida con este puñal espere á los pies de la estatua, y el mármol regado con su sangre se animará á impulsos de un soplo vivificador. Si tienes ánimo para matar á Armilla, hazlo: si no, gime y conserva tu dolor que iguala al mio.»

Y dicho esto desaparece. Millo desesperado se deja arrancar por su prometida el secreto de esta horrible revelacion, y la abandona irresoluto. Armilla entonces, en el colmo de su desolacion, haciendo el sacrificio de una vida que le es gravosa, se hiere ella misma con el puñal de Norando, y salpicando su sangre la estatua, devuelve el sentimiento y la existencia á Genaro. Millo aparece de nuevo, encuentra vivo á su hermano; pero á su amada fria por el hielo de la muerte. Atónito y fuera de sí, va á hundir en su seno el puñal ensangrentado, cuando súbitamente el sombrío vestíbulo se transforma en un salon resplandeciente. Norando avanza y dice:—La misteriosa voluntad del destino se ha cumplido: destiérrese todo objeto de duelo.—Y todo se desenlaza por la feliz resurreccion de Armilla, efectuada por el encantador.

Fernando.—Ahora recuerdo todos los pormenores de esa preciosa composicion fantástica, como tambien la profunda impresion que me causó su lectura. Tienes razon: lo maravilloso desempeña aquí el papel de un agente esencial, y está impregnado de tanta y tan grande verdad poética que no se piensa siquiera en prevenirse contra él. La primera accion del rey, la muerte del cuervo, es la que llama, por decirlo así, á la puerta de bronce de ese mundo sobrenatural, la que abriéndose violentamente da paso á todos los prestigios de la magia; y estos, confundidos muy luego con la realidad, cautivan nuestros espíritus y nuestros sentidos, bajo su influencia fatal y misteriosa.

Ludwig.—Así es. Advierte tambien qué hermosas y robustas situaciones ha sabido hacer emanar el poeta de ese conflicto entre la naturaleza y el mundo fantástico; el sacrificio heróico de Genaro, la interesante abnegacion de Armilla

lla... Hay en todo eso una grandeza de que no tienen la medida... Hay en todo eso una grandeza de que no tienen la medida... Hay en todo eso una grandeza de que no tienen la medida...

Fernando.—Si, ciertamente. Solo en el dominio de la pura imaginación se asocian lo cómico y lo trágico con tanta oportunidad, de modo que concurren a un mismo resultado, produciendo en el ánimo del espectador una reducción enteramente particular.

Ludwig.—Sin duda, y nuestros fabricantes de óperas también lo han sentido, aunque de una manera confusa; porque a esto es justamente lo que es preciso atribuir el origen de las óperas vulgarmente llamadas heróico-cómicas o semi-sérias: obra en que el lado heróico es en efecto muy burlesco, y en que lo cómico no tiene otro heroísmo que el de violar impunemente y con una sin igual audacia todas las leyes del gusto, de las costumbres y de la delicadeza.

Fernando.—En vista de las condiciones que establece para la formación de un buen libreto, tenemos en efecto muy pocos autores de óperas.

Ludwig.—Es verdad. La mayoría de nuestras pretendidas óperas no son más que globos vacíos, atestados de notas. Esa carencia absoluta de ilusión dramática, que se atribuye unas veces al poema, otras a la música, no debe ser imputada sino a la nulidad de las escenas insípidas y triviales, zurdidas las unas a las otras sin motivo ni inspiración; ridícula trama, que verdaderamente no puede el músico hacer valer de modo alguno. Muchas veces sucede que el compositor, sin querer, trabaja por sí solo, y las escenas débiles del poema siguen cojeando entre la música sin poder asimilarse a ella. Puede también suceder que una partitura de esta especie sea buena bajo cierto aspecto. Es decir, que sin producir en el auditorio, por medio de una mágica ilusión, emociones profundas, puede excitar una especie de satisfacción puramente física, tal como la que se siente a la vista de un conjunto de colores brillantes y agradables; en este caso, la ópera no es más que un concierto ejecutado sobre las tablas con trajes y decoraciones adecuadas.

Fernando.—Puesto que no admites más óperas que las románticas en la verdadera acepción de esta palabra, ¿qué piensas de las tragedias líricas, y sobre todo de las óperas cómicas propiamente dichas, y ejecutadas con trajes modernos? Me parece que debes reprobarnos absolutamente el género bastardo de semejantes producciones.

Ludwig.—No tanto. En la mayor parte de nuestros antiguos dramas líricos, dramas como ya en el día no se ejecuta ni se escribe ninguno, del mismo modo son la cabeza de la acción, la fuerza de las situaciones y de los caracteres las que dominan al espectador con tanta energía. El poder desconocido y temible que rige al universo entero se manifiesta visiblemente a sus ojos, y en las armonías que estremecen sus oídos, cree escuchar voces extrañas y proféticas, que proclaman las leyes inmutables y soberanas del destino, a que las mismas divinidades obedecen. Lo fantástico, propiamente dicho, está excluido a la verdad de los asuntos puramente trágicos; pero la intervención de los dioses que recuerda a los mortales su vocación sobrehumana, inspirándoles sentimientos heroicos, ¿no marca un carácter más noble a los maravillosos acentos de la lengua música? Y sea dicho de paso, las tragedias de los antiguos, ¿no eran declamadas en un ritmo melódico? ¿No parece implicar esto la necesidad indispensable de un medio de expresión más perfecto, expresión que no tiene en sí el lenguaje ordinario? Muchas tragedias líricas han inspirado a compositores de genio que supieron aplicar a estas obras un estilo elevado y sacro, por decirlo así, a cuyos acentos, conmovido el hombre por presentimientos misteriosos, cree escuchar las divinas armonías con que resuenan las arpas de los serafines y querubines en la mansion eterna de su potencia creadora. Mi idea, querido amigo, es hacerte sentir la íntima relación de la ópera trágica con la música de iglesia, a la que los antiguos compositores dieran un estilo admirable y particular. de que los modernos, con algunas excepciones, no tienen la menor idea... No hablo de Gluck, el gran maestro por excelencia; mas, para apreciar como los talentos más modestos han sabido algunas veces apropiarse ese estilo trágico, recuerda el coro de los sacerdotes de la Noche en la *Dido* de Piccini.

Fernando.—Se me figura encontrarme aun en los dorados días de mi juventud: tus inspirados discursos sobre el arte me descubren verdades que hasta ahora se me habían oscurecido, y te aseguro que en este momento no dudo ya de mi inteligencia música, hasta el punto de imaginarme que no podría formularse un buen verso en mi alma sin el acompañamiento de una armonía idéntica.

Ludwig.—En eso consiste todo el secreto de la inspiración del poeta lírico. Tengo la convicción de que este debe poseer de las melodías una idea no menos justa que el compositor, y no difieren el uno del otro más que en la ciencia positiva de los procedimientos, y en la noción precisa del valor relativo de todos los instrumentos: en una palabra, en la práctica familiar del mecanismo de las cosas. Pero me has pedido mi opinión sobre la ópera bufa en particular.

Fernando.—No debes ser partidario de ella; sobre todo, me parece, respecto a asuntos contemporáneos.

Ludwig.—Al contrario, mi querido Fernando; precisamente con el frac moderno es como más me agrada ese género, y como me parece natural, al menos tal como le han creado la inteligencia y vivacidad de los autores italianos. Porque el carácter fantástico, debido en parte a la fisonomía original de ciertos personajes, y en parte a la acción caprichosa del azar, contribuye a colorear vigorosamente los sucesos de la vida ordinaria, que entonces se complican y enredan de la manera más divertida. Así, por ejemplo, considero a don Fulano, nuestro primo, endomingado con su cascaca color de canela y sus botones de filigrana dorada; pero, ¿qué le ha sucedido, Dios mío, para que se entregue a tantas extravagancias?—Figúrate una sociedad respetable de tíos y tías, con un enjambre de jovencillos cuyas cabezas están trastornadas por los sueños del amor. Agrega a esto algunos estudiantes rimando seguidillas a los bellos ojos de sus primitas y punteando la guitarra al pie de sus rejas. En

el momento despunta el genio bufo entre ellos, a consecuencia de algún malicioso estribillo, y hé ahí que se apoderan de su espíritu mil caprichosas ideas, lanzándoles en un cúmulo de grotescos incidentes que, por consecuencia, dan ocasión a los brinco y contorsiones más curiosas. Diríase que preside a sus acciones un astro desconocido: por do quiera ha tendido la casualidad invisibles redes en que vienen a caer las gentes más respetables apenas dan un paso.—Pues bien, en esta mezcla de lo romanesco con los incidentes prosáicos de la vida común y en los singulares contrastes que de ella resultan, consiste el verdadero mérito de la ópera cómica. En esto consiste también precisamente el secreto de imprimir a los papeles más vulgares ese sello de escentricidad que hace inimitable el accionado de los cómicos italianos. Ellos se apoderan, por decirlo así, de las más insignificantes alusiones del autor, y merced a su penetración, el esqueleto del drama aparece sobre la escena vivo, animado, con toda la seducción de las formas y de colorido.

Fernando.—Me parece que te comprendo a las mil maravillas. Tú declaras como condición absoluta, teniendo en cuenta el género, que lo fantástico descuello en la ópera bufa, del mismo modo que lo romántico en la seria. En ese caso, el arte del poeta consistirá en dar a un personaje, aparte de sus caracteres pintorescos, fisonomías tomadas de la realidad cotidiana, y con tanta fidelidad reproducidas, que pueda decirse al verles:—¡Oyes! mira allí al vecino que vive en la casa de enfrente.—Aquel es el estudiante que veo pasar todas las mañanas a la universidad, y que se para a suspirar tan lánguidamente bajo las rejas de su prima, etc.: luego es menester que la acción, concluida en cierto modo por una fatalidad picaresca, nos obligue a creer en la presencia oculta de una influencia sobrenatural, y nos transporte a nosotros mismos al dominio de una ideal fantasmagoría.

Ludwig.—No es posible desarrollar mejor mi pensamiento; y casi es superfluo añadir que la ópera bufa, de tal modo concebida, se presta maravillosamente a las combinaciones más raras y que este género de poemas inspira naturalmente al compositor un estilo particular, que provoca sin esfuerzos las simpatías del espectador.

Fernando.—¿Crees tú que la música es susceptible de expresar todas las transiciones del género cómico?

Ludwig.—Estoy íntimamente convencido de ello, y además, los artistas de genio han dado mil pruebas de eso mismo; por ejemplo: ¿qué viva expresión de ironía y de placer no ofrece la deliciosa ópera de Mozart: *Così fan tutte*.

Fernando.—Eso viene en apoyo de tu observación precedente; pues el texto generalmente criticado de esa obra está sin embargo eminentemente bien adaptado a su asunto.

(Concluirá.)

REVISTA DE TEATROS.

La verdad en el espejo, comedia en tres actos y en verso por don Antonio Hurtado, representada en el teatro del Instituto: esta es la única novedad dramática notable que nos han dado los teatros en el espacio de algunos meses. Como primera producción de su joven autor es digna de elogio; revela inesperienza, pero prueba que el señor Hurtado es un buen versificador, y que puede hacer cosas mucho mejores: un defecto muy capital encontramos en su obra: el haber querido presentar dos caracteres, nobles y de grande importancia, que están rebajados por la situación especial en que se encuentran. D. Diego Hurtado de Mendoza y doña Isabel, aunque de avanzada edad, tienen un corazón joven y aman con el mismo entusiasmo que a los veinte años. Contrariada la pasión de ambos, padece su amor propio, se quejan amargamente, y un espejo es el encargado de reconvenirlos y de responder a sus quejas. Esta situación, aunque delicada, ha podido salvarla el autor a fuerza de estudio y de maestría con respecto al carácter de don Diego, contando además con el auxilio muy poderoso del señor Arjona; pero era imposible conseguir el mismo resultado al presentar el carácter de doña Isabel. Una mujer vieja que ama con frenesí, que recuerda a cada paso sus más floridos años, tiene que producir precisamente la caricatura, admisible en la comedia de costumbres, pero no en la obra que el Sr. Hurtado ha querido escribir.

La comedia tiene rasgos muy notables, principalmente en un monólogo del acto segundo, y los diálogos están escritos con mucha viveza é intención. El señor Hurtado fué justamente aplaudido y llamado a la escena. La ejecución fue buena, distinguiéndose muy particularmente el señor Arjona.

En la misma noche se representó una pieza arreglada por el señor Tamayo y titulada *Una apuesta*: es uno de esos juguetes cómicos cuyo éxito está fiado a la viveza del diálogo, y sobre todo a una excelente ejecución; fué admirablemente desempeñada por las dos hermanas *Samaniego* y por el señor Arjona.

El teatro del drama ha dado en estos últimos días dos comedias nuevas, ambas traducidas: *El vecino del norte y del mediodía* arreglada por el señor Novo, y *Un tío en las Californias* por el señor Marin Gutierrez: ambas han sido bien recibidas. El teatro del drama está ya en los últimos momentos de agonía: el frío podía hacer olvidar lo desigual de la compañía, pero el calor no permite que el público sea tan condescendiente y que vaya a ver algunos actores a quienes tendrá que ver por fuerza en el Escorial ó en otro de los pueblos donde la próxima estación es más soportable.

El teatro del Circo continúa con sus zarzuelas, y según parece, la empresa se ha propuesto dar el golpe de gracia a la ópera cómica. Hay muchos maestros que andan a caza de libretos, y libretos que andan buscando maestros: se hermanan, se escriben cuatro coplas, y al público con ello; el público lo silba;—no importa, darle otra peor.—Con la novedad se llamará al público, dice la empresa: hasta que han conseguido que el público se fastidie, y que a la segunda representación huya del teatro. Así ha sucedido con una nueva zarzuela titulada *Los disfraces*, de cuyos autores no queremos acordarnos, esperando que nos agradezcan el que no nos acordemos de ellos.

Mucho más atento se ha mostrado el público con la nueva zarzuela *Todos son raptos*, aplaudiendo en muchas escenas y principalmente en el dúo de la *muñeira* entre el señor Salas y el señor Fuentes; aunque convendría mucho que se abstuviesen los actores de bailar en ciertos cantos como sucede en esta zarzuela y en otras anteriormente representadas, en que el señor Salas baila un poquito al mismo tiempo que canta. El maestro compositor en esta parte debe ser más exigente oponiéndose a lo del baile, porque de lo contrario es difícil calcular si los aplausos son por la danza ó por la música.

Muy aficionado ha quedado el señor Salas a los papeles andaluces, desde que representó el del *Tramoya*; pero ya que somos con él tan justos y le tributamos elogios cuando lo merece, le diremos hoy que en los papeles de andaluces está desgraciadísimo; no debe tampoco importarle gran cosa, sabiendo representar otros de más difícil ejecución, pero debe procurar no deslucirse cuando en este género hemos visto hacer a Dardalla cuanto es posible. El señor Salas no debe guiarse por los aplausos que prodiga el anfiteatro a ciertas palabrotas andaluzas que él sabe recargar tan bien para sacar mayor efecto. Si al señor Salas no le convencieran nuestras advertencias y opusiera a ellas los aplausos que ha oído en el *Tramoya*, en este caso le diremos, que las primeras impresiones que el público recibe son las que deciden las mas veces en pro ó en contra del actor; la primera impresión que el público recibe en el *Tramoya* es la lindísima música de las seguidillas que canta a su salida, con toda la gracia necesaria: desde entonces el público se muestra dispuesto a pasarlo todo. Déjese el señor Salas de papeles andaluces y estudie otros en que indudablemente puede salir más airoso. El público sensato, aunque reconoce lo gastado de su voz, hace sin embargo justicia al interés con que trabaja y admira la expresión que sabe dar a su canto; en esta parte no puede quejarse de un público dispuesto siempre a aplaudirle y a olvidar el antiguo refrán: *en la tierra de los ciegos...*

El Ayuntamiento ha publicado ya el pliego de condiciones, sacando a pública subasta el teatro Español; tan poco galante se ha mostrado la corporación municipal, que se ha vuelto a dar al local el nombre de pila, sin quererle conservar el de teatro Español con que fué bautizado últimamente. El Ayuntamiento ha vuelto a echarse sobre su presa con la misma avidez que lo hacía antiguamente, poniendo condiciones onerosas y alejando de este modo a los licitadores. ¿Será que el Ayuntamiento desee volver a ser empresario? En nuestra próxima revista nos ocuparemos de esta cuestión.

F. M.

EL TEATRO.

No es nuestro ánimo al escribir este artículo demostrar los beneficios que el espectáculo nacional rinde a todos los pueblos, cualquiera que sea el grado de civilización y cultura a que se hallen elevados, porque verdad incontestable es, que como templo de moralidad y buenas costumbres, no solo entretiene agradablemente, sino que siendo su institución tan altamente instructiva, contribuye a desarrollar el germen de las más nobles pasiones de que es susceptible el corazón humano, al par que estimula al talento mostrando el glorioso fruto con que se premia siempre el ingenio y la laboriosidad. Nuestra idea, pues, no es otra que dar a conocer el lastimoso estado de nuestros teatros, investigar las causas que lo producen, y demostrar, si es posible, los medios de contener tan vergonzosa decadencia.

En todas las naciones que por sus adelantos, sus aventajados conocimientos en las ciencias y artes, por su cultura en fin, se hallan consideradas como las primeras en progreso y civilización, el teatro es un elemento indispensable para instrucción del pueblo, para escuela de la imaginación, y para gloria del sabio: de aquí que su aspecto sea el más halagüeño, su marcha la más lisonjera, y sus resultados los más florecientes: ejemplos mil pudiéramos citar, si no temiésemos cansar a nuestros lectores con descripciones conocidas de todos ellos; pero veamos lo que en España ocurre.

Abandonados los teatros, unos en manos de especuladores ineptos ó ambiciosos, otros a la mezquindad de un corto número de artistas, que lejos de atender a la prosperidad y mayor brillo del arte, entregados como están al único recurso de su trabajo, solo desean hacerle productivo para su subsistencia, sin preveer el funesto resultado de su abandono; desatendidos todos por los gobiernos, único móvil bastante poderoso para sobrepujar los obstáculos que a su esplendor se oponen, y única valla que por obligación debe contener su ruina, marchan rápidamente a ella sin que nada pueda evitarlo, antes bien arrastrados por repugnantes intereses, que corroyendo su débil base se agitan y trabajan para precipitarlos. Si el principal deber de las personas encargadas de regir los destinos de un pueblo es labrar su felicidad por medio de la equidad y de la justicia, su primer deseo debe consistir en proporcionar a ese pueblo los medios de llegar a comprender la magnanimidad de sus obras, y la rectitud de sus pensamientos. Si el mejor anhelo de un gobierno es la prosperidad y grandeza de su nación, sus esfuerzos todos deben dirigirse a conseguirla usando para ello de las facultades y prerogativas que le han sido concedidas.

El teatro es uno de los principales medios de instrucción, y una de las muestras de grandeza y cultura: ¿por qué, pues, yace sepultado en el olvido de los que empuñan y han empuñado el timón gubernamental?

Esta es una de las causas más influyentes en la decadencia de nuestros teatros. La mano protectora que por honor nacional, por amor a las artes, y por dignidad personal, debía asegurar su estabilidad con holgura y decoro, lejos de hacerlo, los relega al olvido despreciando sus ópinos frutos. Y no se nos alega para disculpa de este abandono las mil atenciones indispensables, los disturbios políticos, las afanosas tareas que continuamente agobian a los gobernantes; de nada serviría, puesto que sabido es que una vez se han ocupado de este asunto para dejarlo mucho peor que estaba; y aun suponiendo que en esta como en todas las innovaciones estando al principio se hubiese llegado a perfeccionar el pensamiento,

para que no sucediese, ya se han encargado los actuales ministros de deshacer la obra de sus antecesores. Verdad es que puede esperarse de un ministro que se gloria de no haber pisado un teatro, hace veinte años!! Lo que ha sucedido; la muerte del teatro Español, que ha dejado perecer de miseria despues de haber arruinado á los demas para su sostenimiento: del teatro Español, que para vergüenza y ludibrio de los que lo han permitido, ha dejado de actuar faltando á los mas sagrados compromisos en mengua del honorífico nombre que ostentaba.

Este es pues, el estado del arte dramático: en cuanto á

las causas que á él le han conducido, hemos espuesto la primera. Pero existen otras, que aunque dependientes de ella, no dejan por eso de producir resultados menos perjudiciales. Si penetramos en un teatro, y contemplamos esas encarnizadas luchas de orgullo y vanidad, si inquirimos los miserables medios, los arteros resortes que en ellas se emplean, comprenderemos la imposibilidad de su crecimiento sin un apoyo superior que atene, si no concluye con ese espíritu de rivalidad, con ese foco de envidias y de discordia inherente á toda corporacion; pero avivado aquí por la falta de buena organizacion.—A mas de esto: si volvemos la vista hácia esa

crítica soez y estúpida, que clava sus envenenados dientes á diestro y siniestro sin razonar lo que reprocha, porque no comprende sus bellezas ó defectos, y sin afirmar lo que aplaude porque es demasiado obtusa su inteligencia para admirarlo. ¿Qué esperanzas podremos fundar en ella para salir de tan lamentable situacion? En otro tiempo, cuando un Larra elevaba el talento á la altura que verdaderamente le correspondia, anonadando bajo el peso de su mordaz, pero justa y concienzuda crítica al que méritos para ello hubiera hecho, podia contar el arte con un apoyo leal que solo atendia á su prosperidad; pero hoy, que no hay saltimbanquis que no se crea autorizado para destrozar sin compasion, las reputaciones mejor adquiridas, solo porque redacta un papelucho que titula periódico de literatura, (baldon, el mayor que puede caer sobre las pobres musas) y juzga esa marcha la mas directa á la celebridad, solo podemos esperar su mas pronta y completa destruccion. ¿Y adónde nos conduciran estas reflexiones? al punto de donde partimos: á confesar que la única salvacion de los teatros de España, es la proteccion de los Gobiernos; pero no una proteccion pasiva ó descuidada; no basta un decreto que en vez de regularizar su marcha y proporcionar medios materiales, establezca trabas á la literatura y al arte dramático; no un decreto

cuchado, y que podamos un dia enorgullecernos al pensar, que aunque pequeña, hemos tenido una parte en la regeneracion y prosperidad de los teatros de España.

JUAN CATALINA.

—¡Magnífico arco! decia un alcarreño viendo el de la Armeria: ¿está hecho en Madrid?
—No señor, contestó un estudiante; vino de Londres en piezas y aquí no se hizo mas que armarle.
—Ya decia yo, repuso el forastero; ¡cómo era posible!



—¿Podria V. socorrerme, caballero? traigo una lista de las personas que me han auxiliado —Perone usted, iba á preguntarle lo mismo y á sacarle otra semejante tan pronto como acabe de almorzar.



Trabas contra la libertad de imprenta.



La viudita Jacinta, al desayunarse sola, recuerda los tiempos en que la acompañaba su difunto, y se regocija con la idea de contraer segundas nupcias.



Mientras tanto la esposa Dolores, advierte que se aburre mortalmente al ver siempre delante á la misma persona, y obsequia á su marido con una manzana que debe ser la de la discordia.



—Nada, este chico no tiene nada: los alópatas han relajado su naturaleza, los homeópatas le han puesto á la muerte, yo me encargo del resto de su curacion.



Un nublado pasajero.

orgánico desorganizador, sino una ley que asegure su subsistencia, que eleve y sostenga el teatro Español á la conveniente y debida altura sin perjudicar á los demás; que permita á estos ejecutar alternativamente toda clase de producciones sin propiedad alguna exclusiva, reservando la separacion de géneros para cuando Madrid se halle al nivel de las primeras córtes extranjeras; que exima tanto á los de esta como á los de las provincias, de toda clase de cargas y exacciones, obligando á las Empresas, no ilusoriamente como ahora, sino de una manera positiva, á asegurar á sus actores los compromisos con ellos contraídos; que liberte en lo posible al arte de esa plaga de censores nauseabundos, que por la repugnancia que inspiran, impiden ejercer tan sagrada mision á los que realmente se hallan autorizados para ello; que establezca una escuela donde con acierto y perseverancia, se dediquen tan dignos maestros como la escena española cuenta, á perfeccionar la educacion artistica de aquellos que por su talento y brillantes disposiciones estén llamados á ocupar un distinguido puesto en ellas, impidiendo de este modo que se lancen á tan difícil arte personas que carecen de los requisitos mas indispensables: por último, que bajo su benéfica égida, lleguen algun dia la literatura y el arte dramático tan abatidos hoy, al grado de esplendor y grandeza á que se hallan elevados en otras naciones, y al que tan acreedores son por su conocida y apreciada utilidad.

Plegue á Dios que nuestro ruego sea es-



Estragos que está haciendo la gripe.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.